

Textos  
y  
Glosas



---

# De Cervantes y maricas<sup>1</sup>

José Luis Eugercios Arriero  
RCU Escorial-María Cristina / Madrid Study Center (GWU-UAM)  
<https://orcid.org/0000-0003-3533-8709>  
[jl.eugercios@rcumariacristina.com](mailto:jl.eugercios@rcumariacristina.com)

Recibido: 25 septiembre 2024. / Aceptado: 20 octubre 2024

---

**Resumen:** A propósito de la (pen)última vuelta sobre la presunta homosexualidad de Miguel de Cervantes, esta vez a cargo de Alberto J. Sanjuán, recapitulo el estado de la cuestión y concluyo que no hay

pruebas ni indicios fuertes que la sustenten.

**Palabras clave:** *Cervantes, homosexualidad, Blanco de Paz, Hasán Bajá*

## About Cervantes and “queers”

**Abstract:** Regarding the (pen)ultimate round of speculation about the alleged homosexuality of Miguel de Cervantes, this time supported by Alberto J. Sanjuán, I recapitulate the state of the question to

conclude that there is no evidence or strong indications to support it.

**Keywords:** *Cervantes, homosexuality, Blanco de Paz, Hasán Bajá*

---

<sup>1</sup> Este trabajo se ha beneficiado del proyecto de investigación PID2020-117488GB-I00, financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación del Gobierno de España, en el marco del proyecto de I+D+i, convocatoria 2020, del programa estatal de generación del conocimiento y fortalecimiento científico y tecnológico, desde el 01/09/2021 hasta el 31/08/2025.

Vale, el título parece, o es, un *clickbait* tan de manual que no me entretendré en justificar lo que no va a creer casi nadie: que no me mueven la provocación gratuita ni el afán de métricas. Sencillamente, porque así me vino así se queda; y eso que ciertas licencias exigen, no se me escapa, ciertos galones. Concédase también, ya puestos, y paran aquí las excusas *non petitas* que no es menos provocador el título que me da ocasión y pretexto: *Grandes maricas de la Historia*, aunque vaya en descargo de su autor que no son la misma cosa un libro de divulgación y una nota que se quiere académica. De hecho, tampoco es común que en revistas como esta que tan generosamente me cede unas páginas se hable de libros de divulgación, ni siquiera por reseña salvo que el reseñado sea algún autor de esos del canon, que tampoco se da aquí el caso. Todavía más raras son, no me viene ahora ninguna a la mente, las reseñas parciales. Pues me dispongo, en efecto, a comentar tan solamente el último apartado del último capítulo de un libro de divulgación. No me siento cualificado para decir palabra sobre el resto, que no entra en mi negociado habitual ni tampoco me la pide, aunque lo haya leído con atención y no poco provecho. Ahora bien, de Cervantes, algo sí creo que puedo decir, aunque será principalmente para recordar lo que otros más autorizados ya dijeron antes<sup>2</sup>; y una nueva vuelta sobre su supuesta homosexualidad sí pedía comentario. Va, pues, el mío.

*Grandes maricas de la historia* lo firma Álvaro J. Sanjuán, desde aquí AJS. Filólogo de formación, que para lo que ahora ocupa tiene algún interés. AJS lleva ya un tiempo empeñado en «sacar del armario» a cuantos más de tantos ilustres homosexuales como en la Historia han sido pero cuya orientación sexual viene tapando la historiografía tradicional (2022: 14). La cosa comenzó en podcast y, a lo que se ve, daba para libro del mismo título: Alejandro Magno, Adriano, Ricardo Corazón de León,

---

<sup>2</sup> La orientación sexual del autor del *Quijote* ya la abordaron voces bien autorizadas dentro del cervantismo que irán saliendo a lo largo de estas páginas. Como tampoco se trata de andar descubriendo mediterráneos a estas alturas, adelanto que el estado de la cuestión más completo y actualizado se encontrará en el estudio preliminar de Adrián J. Sáez, el AJS por excelencia cuando de Cervantes se trata, para su muy pulcra edición de *La información de Argel* (2019: 29-53).

Eduardo II de Inglaterra, Miguel Ángel, Leonardo, Montaigne, Luis XIII, Newton, Washington, Andersen, Chaikovsky, Karl Heinrich Ulrichs y Magnus Hirschfeld desfilan por los seis primeros capítulos, ingeniosamente rotulados; y vienen a completar la nómina, en ese séptimo que se da a modo de coda, los que AJS moteja de «Grandes éxitos nacionales». Sorprende, por cierto, que sean tan pocos cuando el podcast les dedicó su correspondiente episodio a reconocidos homosexuales patrios como Lorca o Cernuda; o a la novohispana Juana Inés de la Cruz, de cuyo caso habría mucho que decir. En fin, como aquí se trata del libro, los «éxitos nacionales» seleccionados son Francisco de Asís y Borbón, Antonio de Eraso y nada menos que Miguel de Cervantes. Sí, el autor del *Quijote* «cosía para la calle» (2022: 15) pero, avisa AJS, la academia ha mirado hacia otro lado a fin de no mancillar su gran nombre. Antes de las pruebas, el hombre de paja:

Vamos a ver, señores, si a la altura del último capítulo aún no os ha quedado claro que ser homosexual no mancilla a nadie ni es intrínsecamente peor ni mejor que ser hetero, ¿para cuándo esperaréis la revelación? A ver si abríis un poco la cabecita, que ya va siendo hora (2022: 227).

Ante inicio tan rotundo, y que suscribo a la letra si se quita lo de «señores», el lector medio esperará pruebas poco menos que incontestables de la homosexualidad de Cervantes. Siendo que AJS es, y ya anoté que el dato interesaba, filólogo de formación, yo mismo acometí la lectura de este apartado con cierta predisposición favorable, quizás porque no había leído todavía los anteriores. Tampoco esperaba la prueba del nueve, ni tan siquiera fuentes o testimonios inéditos, más que nada porque ciertos hallazgos se sacan en *papers* bien indexados; pero sí, qué menos, una panorámica más ancha y ecuánime del estado de la cuestión, y una trabazón argumental algo más consistente. El caso es que AJS arranca prudente en sus planteamientos, y admite que probar la orientación sexual de cualquier personaje exige evidencias hartamente improbables en el tiempo que nos ocupa, tales como una confesión escrita. De aquí a afirmar que «el silencio absoluto respecto a las relaciones personales de naturaleza sentimental habla por sí solo» (2022: 228) hay, eso sí, un salto demasiado largo. Más, si cabe, cuando Cervantes no cultivó aquel exhibicionismo autobiográfico tan querido por los poetas de la generación siguiente, Lope y Liñán a la cabeza. Aun así, el *Viaje del Parnaso* sugiere que había dejado en Italia un hijo,

aquel Promontorio con quien entabla coloquio en el capítulo octavo (1997: 154-155). Nada prueba este Promontorio, al que Lucía Megías se refiere como «el hijo napolitano que Cervantes nunca tuvo» (2016: 176), pero me sigo inclinando a pensar, con Antonio Rey (2000: 19), mi maestro, que sí existió, bien que seguramente con otro nombre. En cualquier caso, no habría estado de más alguna mención por parte de AJS, aunque fuera para negar su existencia.

De uno u otro modo, aquello fue antes de Argel, de donde vienen los rumores sobre la presunta homosexualidad de Cervantes. Como es sabido, la galera Sol, en la que se había embarcado para regresar desde Italia, fue abordada el 26 de septiembre de 1575, cuando se hallaba ya a la altura de las costas catalanas, por la flotilla pirata de Arnaut Mamí, renegado de origen albanés. El joven soldado, no había cumplido todavía los treinta, terminó por ser vendido a Hasán Bajá, pachá de Argel y, según término de la época, sodomita reconocido. De su crueldad, que no de sus inclinaciones, iba a dejar constancia, en el capítulo XL del primer *Quijote*, el capitán Ruy Pérez de Viedma:

Cada día ahorcaba el suyo, empalaba a éste, desorejaba aquel; y esto, por tan poca ocasión, y tan sin ella, que los turcos conocían que lo hacía no más de por hacerlo, y por ser natural condición suya ser homicida de todo el género humano. Sólo libró bien con él un soldado español, llamado tal de Saavedra [...] (2011: I, 578).

Es de sobra conocido este fragmento, entre otras cosas, porque se suele citar a propósito del cautiverio del tal de Saavedra, quien ciertamente salió de Argel «vivo y con todos sus apéndices faciales», según aclara AJS (2022: 231). A qué se debiera semejante fortuna cuando cargaba con cuatro intentos fallidos de fuga viene siendo objeto de debate desde hace tiempo. La historiografía más tradicional suele aducir el alto precio que se le había puesto a su libertad, quién sabe si por la documentación que portaba en el momento de ser apresado, a saber, un permiso de licencia firmado por Juan de Austria y una hoja de servicios firmada por el Duque de Sessa. Se han propuesto, sin embargo, otras posibles explicaciones, de las que ya ha dado cumplida noticia y, cuando procede, el oportuno comentario, Adrián J. Sáez (2019: 29-31): la admiración que Cervantes suscitaba en Hasán Bajá, su habilidad para contar cuentos, el haber renegado de la fe cristiana, algún amorío con la hija de Agí Morato o, ya

se echaba en falta, algún amorío con el propio Bajá. Sin que sea este el lugar para examinarlas todas, sí me interesa volver, y poco más abajo se verá por qué, sobre la de Carroll B. Johnson, para quien los famosos intentos de fuga quizás fueran en verdad parte de su trabajo. Vamos, que el Cervantes de Argel se habría ganado la vida, resume Lucía Megías, como *passieur* dedicado al «negocio del transporte clandestino de cautivos» (2016: 232), tan lucrativo para la economía de la plaza norteafricana, y que tan bien conocía, según ilustran la recién citada historia del capitán cautivo o la novelita ejemplar de *El amante liberal*. Esta hipótesis podría explicar cómo se las apañó para sobrevivir al presidio más duro del tiempo sin merma de sus apéndices faciales pero, sobre todo, su enemiga con Juan Blanco de Paz, que también vendrá al caso algo más abajo. Lo de que el autor del *Quijote* se desempeñara como poco menos que un tratante de cautivos sigue sin cuajar del todo, quizás porque casa mal con esa otra imagen heroica que todos preferimos. Así, Antonio Rey nunca dejó de privilegiar sobre todas las cosas, antes y después del trabajo de Johnson, aquella «insobornable entereza del cautivo Cervantes en la defensa de su libertad» (2000: 21, 2005: 36). Entereza que, por otra parte, nadie niega, y que avalan unos cuantos testimonios de la época, aunque pudieran ser de parte varios de ellos.

Vayamos, sin embargo, a esa supuesta relación, de momento tanto da si solo carnal o también sentimental, entre Cervantes y Hasán Bajá. Es la vía que prefiere, era de esperar, AJS, y se acoge a que de ella se había hecho eco en su día el mismísimo Jean Canavaggio (2015: 126). Sucede que, ya que se cita, el añorado maestro de cervantistas también afirmó en una entrevista de 2016 que «no hay ningún tipo de prueba». Y creo francamente que, de haberse dado tal relación, el novelista no habría especificado que «solo libró bien» él. No es de la misma opinión AJS, y ofrece dos pruebas bien conocidas por la crítica pero que al profano le resultarán, cuando menos, estimulantes: «la acusación de un tal Juan Blanco de Paz [...] por hacer cometido allí “cosas viciosas”» y un soneto, «atribuido a Lope de Vega, que pone en duda la *virilidad* de Cervantes» (2022: 223). Pues sí, existen tanto la acusación como el soneto, pero habría sido de agradecer que AJS se hubiera ocupado en recordarnos algo de lo que la crítica ha dicho sobre ambas supuestas pruebas.

En lo que toca a Juan Blanco de Paz, miembro que fue de la Orden de Predicadores, no descarta Lucía Megías que estuviera preparando «una

información para desacreditar a Cervantes», pero «o no se llevó a cabo o se perdió en los meandros de la corte» (2016: 219). Nos ha llegado, eso sí, la contestación que se da en *La información de Argel*, que leo por Sáez y donde el testigo número once responde a la pregunta veinte en los siguientes términos:

Que todo lo que en esta pregunta se trata es en realidad de verdad, público y manifiesto, porque lo que este testigo sabe y pasa es acerca de las particularidades expresadas en esta dicha pregunta, que este testigo en poco de tiempo muy enemigo con el dicho Miguel de Cervantes; y en esta sazón, oyó este testigo a una persona decir *algunas cosas viciosas y feas* contra el susodicho Miguel de Cervantes; y luego en aquel punto procuró este testigo con grande instancia en todo Argel inquirir y saber si contra el dicho Miguel de Cervantes, que es el que lo presenta por testigo, había *alguna cosa fea y deshonesta que a su persona viniese mácula* y halló por grande mentira lo que se había hablado por la dicha persona [...] (2019: 201-202).

De manera que Blanco habría acusado a Cervantes, la cursiva era mía, de «cosas viciosas y feas» y de «alguna cosa fea y deshonestas». También advierte Sáez (2019: 42) que tales cosas feas podrían ser no solo la sodomía, sino el contacto con musulmanes y renegados o, con más motivo, que el propio Cervantes hubiera renegado de su fe. Supongamos, de todos modos, que se refieran a la sodomía, como me sigue pareciendo más probable: ¿quién era y qué movía al tal Blanco para arrojar una acusación tan grave? Por de pronto, Eisenberg se ha referido a él como «un desequilibrado, premiado en Argel por su traición contra sus compatriotas con una jarra de manteca, alusión ineludible al sexo anal» (2004), y de nuevo extraña que ASJ no recoja también esta opinión, más que nada porque en otra parte sí le vale a la autoridad del cervantista estadounidense. Lo de que Blanco fuera un desequilibrado no deja de ser juicio de valor, pero sí incurrió en traición, porque resulta que aquel cuarto intento de fuga o traslado de cautivos, según se mire, organizado por Cervantes debió de fracasar justamente por un soplo del ex-dominico. Tampoco nos consta qué le movió a delatar a sus correligionarios, unos sesenta cristianos que quedaron en tierra. Lucía Megías ha sugerido que quería quizás «desemascarar a Cervantes y mostrar la verdadera finalidad de sus esfuerzos redentores», esto es, que ejercía de *passeur*; o, por qué no, incluso quería él mismo «participar del negocio» (2016: 233). Supongo que a eso se re-

fiere Canavaggio cuando alude a su envidia, aunque tampoco descarta que actuara movido por «despecho de no haber sido aceptado entre los que se fugaban» (2015: 123). Son todo conjeturas, cierto, pero lo que parece claro es que Blanco truncó el plan; y, con sesenta hombres traicionados a sus espaldas, no resulta descabellado suponer que necesitara, cito de nuevo a Antonio Rey, «una pantalla para desviar la atención de su felonía» (2000: 37). Vamos, que su testimonio, a falta de que lo refrenden fuentes mejores, dista mucho de ser concluyente.

Respecto al soneto de marras, es el siguiente, que reproduzco por la edición de Montero Reguera aunque altero algo la puntuación atendiendo al sentido:

Pues nunca de la Biblia digo le-,  
no sé si eres, Cervantes, co- ni cu-,  
sólo digo que es Lope Apolo, y tú  
frisón de su carroza y puerco en pie.

Para que no escribieses, orden fue  
del Cielo que mancases en Corfú.  
Hablaste, buey, pero dijiste mu:  
¡oh, mala quiijotada que te dé!

Honra a Lope, potrilla, o guay de ti,  
que es Sol y, si se enoja, lloverá.  
Y ese tu *Don Quixote* baladí,  
de culo en culo por el mundo va  
vendiendo especias y azafrán romí,  
y, al fin, en muladares parará (1992: 101).

Se trata de una respuesta directa a otro previo, esta vez antilopesco, y que alguna vez se le ha dado a Cervantes, aunque también a Góngora. Como del primero figura en la edición de sus *Poesías* a cargo de Adrián J. Sáez, que es la que sigo ahora:

Hermano Lope, borrame el sone-  
de versos de Ariosto y Garcila-,  
y la Biblia no tomes en la ma-,  
pues nunca de la Biblia dices le-.

Tambien me borraras *La Dragonte-*  
 y un librillo que llaman del *Arca-*,  
 con todo el comediaje y epita-,  
 y por ser mora, quemaras la *Ange-*  
 Sabe Dios mi intencion con *San Isi-*,  
 mas quiérole dejar por lo devo-;  
 borrame en su lugar *El peregrí-*  
 y en cuatro lenguas no me escribas co-,  
 que supuesto que escribas boberi-  
 las vendran a entender cuatro nacio-.  
 Ni acabes de escribir la *Jerusa-*:  
 bastale a la cuitada su traba- (2016: 411).

Del primer soneto, que es el que interesa, piensa Salazar Rincón «que debió de ser compuesto por el propio Lope o alguno de sus amigos» (2011: 703). Más me inclino por la segunda opción, que al Fénix nunca le faltaron los que salieran por él y ahí está, por ejemplo, quien quiera que se ocultase tras Fernández de Avellaneda. Lo que no se puede obviar es que aquí se ataca a Cervantes por motivos varios entre los que se encuentra, a qué negarlo, su presunta homosexualidad: ¿es esto prueba de nada? Y, sobre todo, ¿por qué Lope y los suyos no explotaron más esta veta tan jugosa, sobre todo por aquellos años entre los dos *Quijotes* verdaderos, que es cuando la enemistad arreció más? No, definitivamente, un poema aislado rara vez valdrá por sí mismo ni siquiera como indicio duro de aquello que denuncia; y ahora sí creo que los silencios de Lope pueden indicar algo.

Pero sigue todavía AJS, y esta vez sí acude a Eisenberg para certificar que «a Cervantes no le faltaron oportunidades de practicar el pecado nefando, pues se movía en ambientes homoeróticos como pez en el agua» (2022: 233). La coma separa algo razonablemente obvio de un juicio de valor con implicaciones que no se prueban. O sí, piensa AJS, pues lo acompaña de una batería de indicios dados con tal concisión y rotundidad que parecen destinados a concluirlo, siquiera por argumentación convergente. Son estos que siguen, y conservo la numeración con que aparecen por mejor conservar, con ella, el efecto que hace su lectura (2022: 233-234):

- Primero, Cervantes anduvo por Nápoles, descrita en el *Quijote* como la ciudad más viciosa del mundo.
- Segundo, es sospechoso que lograra ponerse al servicio de «un joven cardenal que era bastante vivalavirgen, empleo que ya resulta sospechoso de por sí porque Cervantes no tenía mérito alguno para conseguir dicho trabajo».
- Tercero, fue cautivo de Hasán Bajá.
- Cuarto, está probada su amistad con homosexuales como Cristóbal de Mesa.
- Quinto, conoció bien Sevilla.
- Sexto, era aficionado a los naipes y frecuentaba las casas de juego, donde solían acudir también prostitutas.

De manera que el lector entiende a la primera qué pudo ameritar el joven Cervantes ante Giulio Acquaviva, creado cardenal al poco de conocerse ambos: por supuesto que no tuvo nada que ver la amistad de Acquaviva con Ascanio Colonna, quien se había rodeado de una camarilla literaria, cosa nada infrecuente en aquella época. En cuanto a lo de tener amigos homosexuales, confieso que no esperaba este argumento por parte de AJS, aunque quizás también yo estoy deslizando ahora un hombre de paja. En fin, será tan tedioso como innecesario entrar a refutar punto por punto el argumentario, que se les podría aplicar a tantos soldados del tiempo; pero aceptemos que nuestro novelista se movía «como pez en el agua» entre homosexuales: de nuevo, ¿qué prueba esto? Nada, claro, pero entonces AJS nos vuelve sobre la discreción de Cervantes en lo que toca a su vida sentimental y se pregunta si «no será indicativo de su sexualidad su breve y frustrado matrimonio y la ausencia de amantes femeninas» (2022: 234). Esto debe de haberlo tomado de Eisenberg, pero el mismo crítico había reconocido que «el matrimonio, en las obras cervantinas, no parece un estado tan deseable para el varón como necesario para la sociedad» (2004); y me parece que de esta idea da razón principalmente *El juez de los divorcios*, pero también *La fuerza de la sangre*, las historias de Marcela y Dorotea en el *Quijote*, o el mismo *Persiles*. Con respecto a la ausencia de amantes, que convendría matizar con un prudente «que sepamos», ¿por qué no vale ahora la discreción cervantina? Y, con todo, justamente en 1584, que es el año de su matrimonio con Catalina, había tenido de Ana Villafranca de Rojas a su única hija, Isabel: «como si tener

descendencia te convirtiese, automáticamente, en heterosexual», se nos había prevenido ya en el prólogo (2022: 15), y es verdad; solo que una hija natural quizás sí pueda ser indicio de algo. Lo que no hace AJS, y le honra renunciar a lo que se le ofrecía como salida bien tentadora, es comprar sin más la hipótesis nunca probada de que Isabel era en verdad hija de Magdalena, hermana del novelista, y Juan de Urbina. Aun así, como hija de Cervantes ha pasado y, más allá de que lo fuera, quizás sí merecía algo más que una breve y no contextualizada alusión (2022: 230).

Independientemente de si dejó descendencia o no, lo que tampoco decide nada, a AJS no le queda sino aceptar que no podemos «considerar un hecho que [Cervantes] se acostaba con otros hombres», pero matiza que le parece «más que posible, por sus circunstancias biográficas y por lo que nos cuentan sus contemporáneos» (2022: 234). De ser criterio dichas circunstancias, muchísimos soldados españoles, y no digamos ya los cautivos, se habrían acostado también con otros hombres, que a lo mejor sucedía; y sus contemporáneos ya se ha visto lo que cuentan. Queda, eso sí, la inmensa obra cervantina, que solo se comprende desde su muy peculiar autobiografismo. Peculiar porque, según quedó anotado más arriba, no lo cultiva a esa manera exhibicionista de Lope, quien tan pronto se disfrazaba de moro como de pastor para airear por la corte sus amores y, de paso, irse forjando esa estilizada imagen de amator impenitente que hasta hoy nos ha llegado. Al discreto autor del *Quijote*, por el contrario, le interesa bastante menos ficcionar su vida y no se identifica plenamente con ningún personaje, aunque muchos de ellos se nutren de su propia experiencia: valga de nuevo como ejemplo la novelita del capitán cautivo, porque aquel Ruy Pérez de Viedma que tanto tiene de Cervantes no es el «tal de Saavedra». Por cierto que, de común, los personajes más complejos en su obra suelen ser mujeres, y sobre este particular conviene consultar los trabajos de Florencio Sevilla (2006) y Francisco Peña (2017). Que qué pintan aquí las mujeres, se dirá. Pues que Eisenberg, en el trabajo que AJS tan bien conoce, escribe que «todo en Cervantes lleva al personaje, y al lector, hacia la mujer. A Galatea, a Teolinda, a Preciosa, a Isabel, Costanza y Leocadia, a Dulcinea, a Marcela, a Auristela, hasta a la anónima hija de Doña Rodríguez que capta la voluntad lacayuna de Tosilos. Todas jóvenes, todas hermosas, todas calladas, sumisas o en el caso de Dulcinea, incluso imaginarias» (2004).

Y, justo antes, ha confesado que «no percibo en las obras de Cervantes ninguna atracción, ni siquiera tácita, hacia los muchachos». Que suelen ser, añadiré, fervorosamente carnales, y siempre hacia el sexo opuesto, con la casi sola excepción de Lorenzo de Miranda, hijo del Caballero del Verde Gabán en el segundo *Quijote* y mozo sin amores. Aquí deja Eisenberg la «pregunta interesante» de «si el mal poeta Lorenzo representa, en esta gama de tipos que es *Don Quijote*, al homosexual» (2004). No lo creo, francamente, pero, en el lugar de AJS, no habría dejado de agarrarme a este clavo. Ni al de las relaciones homoamicales, tan trabajadas por nuestro novelista y que no se le escapa a Eisenberg: «Anselmo y Lotario, Cipión y Berganza, Rincón y Cortado, Timbreo y Silerio, Diego Carriazo y Tomás Avendaño, el autor y Cide Hamete, Don Quijote y Sancho, incluso Rocinante y el rucio» (2004). Del autor, que sería mejor decir narrador, y Cide Hamete, no me parece que hagan en rigor pareja, o no más que el narrador y el propio Cervantes; sino que se trata de dos instancias narrativas complementarias en esa compleja *mise en abyme* que compone el *Quijote*. En cuanto a las demás parejas listadas, dudo que alguna se pueda prestar a una lectura en clave homoerótica; y Canavaggio, en la entrevista precitada, era tajante: «no tienen ni una pizca de homosexuales. Son totalmente amistades de camaradería entre hombres» (2016).

Ya digo que AJS no se mete en este jardín, aunque no se priva de recordar la querencia de Cervantes por los pares masculinos, con especial atención al de Quijote y Sancho; y, las cosas como son, el hecho de que no le quiera sacar punta a la peculiar relación que mantienen ambos dice mucho en su favor. Era, desde luego, una vía más hábil que la del no menos peculiar universo sentimental del hidalgo enloquecido, de quien dice que «se presenta no sólo [sic] célibe, sino con una ausencia absoluta de relaciones con mujeres y un inusitado desinterés por ellas más allá del ideal inexistente de Dulcinea del Toboso» (2022: 231). También en este punto debo discrepar. Sobre el erotismo en el *Quijote* hay ya un sólido trabajo a cargo de Montero Reguera (1994), y varios de los episodios más interesantes en este sentido los ha comentado mi buen amigo Eric Clifford Graf en su curso online, disponible en YouTube, sobre la novela. Aquí se trata, no obstante, de su protagonista, así que será mejor volver al hilo por no perderlo. Dice AJS que don Quijote muestra un «inusitado desinterés» hacia cualquier dama que no sea su idealizada Dulcinea, y es verdad que de primeras parece ajeno a ese deseo sexual que sí manifiestan otros per-

sonajes. Lo que no quiere decir que no lo tenga él mismo, e incluso alguna vez se diría que teme sucumbir a la tentación de la carne femenina. Pienso en el episodio de Maritornes, en 1605,

[...] cuando don Quijote la sintió, y, sentándose en la cama, a pesar de sus bizmas y con dolor de sus costillas, tendió los brazos para recibir a su fermosa doncella. La asturiana, que, toda recogida y callando, iba con las manos delante buscando a su querido, topó con los brazos de don Quijote, el cual la asió fuertemente de una muñeca y, tirándola hacía sí, sin que ella osase hablar palabra, la hizo sentar sobre la cama. Tentóle luego la camisa, y, aunque ella era de harpillera, a él le pareció ser de finísimo y delgado cendal (2011: 304).

O en el de la dueña Rodríguez, en 1615, donde el caballero se pregunta:

¿Quién sabe si el diablo, que es sutil y mañoso, querrá engañarme agora con una dueña, lo que no ha podido con emperatrices, reinas, duquesas, marquesas ni condesas? Que yo he oído decir muchas veces y a muchos discretos que, si él puede, antes os la dará roma que aguileña. Y ¿quién sabe si esta soledad, esta ocasión y este silencio despertará mis deseos que duermen, y harán que al cabo de mis años venga a caer donde nunca he tropezado? (2011: 558).

Vaya, que al simpar, y parece que virgen, caballero de La Mancha sí le atraen, quizás más de lo que él mismo quisiera, las mujeres. Y por supuesto que no pretendo que don Quijote sea Cervantes pero, si se aporta como argumento, en la novela esto es lo que hay.

## **Conclusión**

Tengo para mí que, de no ser por Juan Blanco de Paz, no se habría abierto nunca el melón de la posible homosexualidad de Cervantes. E incluso, más para bien que para mal, ha inspirado muy sugerentes aproximaciones al poco convencional tratamiento de las relaciones sentimentales en la obra del prócer de nuestras letras. Siquiera por ello, bienvenido sea Blanco a los estudios cervantinos igual que Pilatos entró en el Credo; y, ya que la acusación, porque en su tiempo lo era, está ahí, claro que

procede adoptarla como prisma provisional desde el que escudriñar la bio-bibliografía de Cervantes en busca de otros datos que la puedan sustentar. Alguno hay, pero creo haber mostrado que, tomados con cierta objetividad, todos admiten retorsión y, las más de las veces, esta resulta más convincente.

¿Qué sucedió en Argel, de donde parece que viene el caso? Nadie lo sabe. Puestos a suponer, no es descabellado pensar que Hasán Bajá aprovechase su caudal de esclavos para solazarse con alguno de ellos, ni es imposible que Cervantes llamase su atención a tales efectos. Ya he dicho que, si hubo algo más, se me hace extraño que no trascendiera para provecho de Lope y los suyos, pero también que esto no demuestra nada. Ahora bien, pongámonos en el supuesto de que Cervantes y el pachá hubieran mantenido comercio carnal: ¿quién nos dice si fue consentido por ambas partes? Pudo ser que sí, o que no, o que de aquella manera, porque esto es todavía más difícil de probar. Y, si la respuesta es que no o que de aquella manera, convengamos que el episodio, por más que se hubiera repetido, no convierte a Cervantes en homosexual. Pero vaya, que llegar hasta aquí exige que se cumplan demasiados supuestos y, hoy por hoy, el único que podemos dar por cierto son las aficiones del soberano de Argel.

¿Se puede negar taxativamente que Cervantes mantuviera alguna vez relaciones con otros hombres? Según me curé en otra parte y sobre otro particular, la *probatio diabólica* exige ciertas cautelas, por cuanto rara vez no deja abierta la puerta a que un nuevo dato venga a desdecirnos. A la luz de lo que sabemos, sin embargo, parece lo menos probable. En cuanto a esos supuestos indicios que alguna vez se aducen, ¿son compatibles con un Cervantes homosexual? Por serlo, claro que lo son, y por ello se ponen sobre el tapete. Ahora bien, si a alguien le da por proponer, pongamos por caso, que nuestro primer novelista se sintió llamado en un determinado punto de su vida a la guarda de la continencia perfecta, imagine cada cual los motivos que prefiera, esos mismos indicios serían igual de compatibles, e incluso me atrevo a decir que más, con un Cervantes decidido a permanecer casto: a fin de cuentas, es un hecho, y quizás bien significativo, que no se volvió a casar ni se le conocen relaciones tras su único matrimonio. Y aclararé que para nada creo que haya aquí ningún componente religioso o moral, pero tampoco una sexualidad reprimida. Me parece sencillamente que, en dicho punto de su vida, y a saber por qué, se desencantó de amores; pero no deja de ser también una impresión.

Acabaré. Si AJS piensa que Cervantes era homosexual, como otros pensamos que no lo era, hace bien en defenderlo. Es más, se agradece que lleve a sus lectores una cuestión que estaba ahí y de la que seguramente no tenían noticia, aunque estuviera razonablemente solucionada por la tradición crítica. Hasta aquí, nada que objetar. El problema es que, en su empeño, fuerza alguna que otra vez el argumento y casi siempre elude la contraprueba. Siendo que lo hace con una prosa amable y que le ampara una formación más que bien aprovechada, quien accede a su lectura sin prejuicios pero sin conocimientos previos llega fácilmente a donde quiere ser llevado: a que Cervantes, con toda probabilidad, fue homosexual pero la academia lo ha ocultado o, cuando menos, ha corrido un tupido velo sobre el asunto a fin de no mancillar un mito. Que ni siquiera esto último se sostiene. Quizás en tiempos de Entrambasaguas pudiera ser así, pero hoy no. Hoy, cuando sacar del armario a cualquier figura prominente del ramo que se quiera ya le aseguraría a uno ver su nombre elevado al Olimpo de las métricas, no sé quién iba a renunciar a hacerlo con el autor mismo del *Quijote*. Por amor a la verdad y, de paso, a la posteridad. Me parece que esto también hay que tenerlo en cuenta.

### **Bibliografía**

- CANAVAGGIO, JEAN (2015). *Cervantes*, Madrid, Austral.
- CANAVAGGIO, JEAN (2016), «El público no estaba preparado para entender el teatro de Cervantes», en *Granada Hoy*, 26-abr-2016: [https://www.granadahoy.com/ocio/publico-preparado-entender-teatro-Cervantes\\_0\\_1020798308.html](https://www.granadahoy.com/ocio/publico-preparado-entender-teatro-Cervantes_0_1020798308.html).
- CERVANTES, MIGUEL DE (1997). *Viaje del Parnaso*, ed. F. Sevilla y A. Rey, MADRID, ALIANZA EDITORIAL.
- CERVANTES, MIGUEL DE (2011). *Don Quijote de la Mancha*, ed. F. Sevilla, Madrid, Alianza Editorial.
- CERVANTES, MIGUEL DE (2016). *Poesías*, ed. A. J. Sáez, Madrid, Cátedra.
- CERVANTES, MIGUEL DE (2019). *Información de Argel*, ed. Adrián J. Sáez, Madrid, Cátedra.
- EISENBERG, DANIEL (2004). «La supuesta homosexualidad de Cervantes»: [https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-supuesta-homosexualidad-de-cervantes-0/html/ffd77c6e-82b1-11df-acc7-002185ce6064\\_3.html](https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-supuesta-homosexualidad-de-cervantes-0/html/ffd77c6e-82b1-11df-acc7-002185ce6064_3.html).

- JOHNSON, CARROLL (2004). «Cervantes y la economía argelina, 1575-1580», en *Clm.economía: Revista económica de Castilla – La Mancha*, 5: 189-212.
- LUCÍA MEGÍAS, JOSÉ MANUEL (2016). *La juventud de Cervantes. Una vida en construcción*, Madrid-México-Buenos Aires-San Juan-Santiago, Edaf.
- MONTERO REGUERA, JOSÉ (1992). «Epistolario de Miguel de Cervantes», en *Castilla: Estudios de literatura*, 17: 81-102
- MONTERO REGUERA, JOSÉ (1994). «Mujer, erotismo y sexualidad en el *Quijote*», en *Anales cervantinos*, 32: 97-116
- PEÑA, JUAN FRANCISCO (2017). *Cervantes y la libertad de las mujeres*, Madrid, Universidad de Alcalá.
- REY HAZAS, ANTONIO (2000). *Miguel de Cervantes*, Madrid, Eneida.
- REY HAZAS, ANTONIO (2005). *Poética de la libertad y otras claves cervantinas*, Madrid, Eneida.
- SALAZAR RINCÓN, JAVIER (2011: 703). «Insulto y exclusión social. Algo más sobre la polémica entre Cervantes y Lope», en *Bulletin hispanique*, 113.2: 701-724.
- SANJUÁN, ÁLVARO J. (2022). *Grandes maricas de la Historia*, Madrid, Penguin.
- SEVILLA ARROYO, FLORENCIO (2006). Las mujeres en la literatura cervantina, en S. Gil-Albarellos y M. Rodríguez Pequeño (eds.), *Ecossilenciados. La mujer en la literatura española. Siglos XII al XVIII*, Segovia, Fundación Instituto Castellano y Leonés de la Lengua: 173-194.